CAPÍTULO X (1)

Breve de Clemente IX para la beatificación de Rosa de Santa María y solemnidad con que se celebró.

Diez de Diciembre de 1667 la Sagrada Congregación de Ritos, resolvió por su decreto estar concluido todo lo que por parte de los procesos y demás diligencias se requería para la Canonización; y que siempre que Su Santidad, inspirado del Espíritu Santo, quisiese, podría proceder a este efecto; y en el interín declarar á Rosa de Santa María, por bienaventurada. Aquellos días se había retirado Su Santidad del Palacio de San Pedro, á nuestro convento de Santa Sabina, á donde le llevaron el decreto, y el día 12 de Febrero, expidió la Bula de Beatificación del tenor siguiente:

«Clemente Papa IX: Para perpetua memoria.—La gloriosa fecundidad de la Santa Madre Iglesia, que siendo Virgen casta está desposada con Cristo su úni-

(1) La mayor parte de los datos y noticias, relativos a la beatificación y canonización de Santa Rosa, los tomamos de la vida que escribió de la misma el P. Antonio Lores.
misma romana Iglesia; y que por ahora se podría con-

ciderar que en todo el mundo se la pueda llamar e in-

vocar con el título de BEATA: de aquí es que Nos, por

los continuos y encarecidos ruegos de nuestro muy

amado hij otro Cristo en los Apóstoles, y de nuestra muy amada hija en Cristo Mariana

Reina viuda su Madre, y por las que se nos han hecho

por parte de toda la Orden de Santo Domingo, á los

cuales habiéndonos inclinado benignamente, de con-

seño de los sobredichos Cardenales y unánime asenso

suyo, de la Autoridad Apostólica y por el tenor de las

presentes CONCEDemos que la sobredicha sierra de

Dios Rosa de Santa María de aquí adelante sea lla-

mada con el título de BEATA; y su cuerpo y reliquias

se expugnan á la pública veneración de los fieles, con

tal que no les saquen en procesiones; y que sus ima-

genes se adornen con rayos y resplandores; que su

Oficio se recer todos los años con rito doble, y su Misa

se celebre de virgen no mártir, según las rúbricas del

Misal y Breviario Romano el día 26 de Agosto, por ser

el primero desocupado después del día 24 de dicho

mes, en el cual entregó su espíritu al Criador; esto

espero, se entiende solamente en los lugares intrans-

criptos, conviene á saber: en la ciudad y Arzobispado

de Lima y en toda la Orden de Santo Domingo, así de

Religiosos como de Religiosas; y en cuanto á las Mi-

sas, pueden gozar de este privilegio los sacerdotes que

concurrian á dichas iglesias.

Además de esto concedemos facultad, solamente en

el primer año de la Promulgación, que se ha de em-

pezar á contar desde el día de la fecha de estas Letras;

y en cuanto á las Indias, desde el día que allí llegaran

estas mismas presentes Letras, que se publiquen y se

celebre dentro de seis meses la solemnidad de esta

beatificación en las iglesias de la ciudad y diócesis de

Lima y de la Orden de Predicadores, como también

en todas las catedrales y metropolitana de España y

Indias, con Oficio y Misa con rito de doble mayor el

día que fuese señalado por el Ordinario. Mas en Roma

damos licencia que se pueda celebrar dicha festividad

dentro de dos meses en la iglesia de Santiago, que es

de la nación española, con tal que primero se haya

celebrado en la Basílica del Príncipe de los Apóstoles;

no obstante las Constituciones y Ordenaciones Apo-

stólicas y los Decretos publicados sobre no culto y cual-

lesquier otros en contrario. Queremos á más de esto,

que á las copias ó traslados de estas presentes Letras

y también á los impresos firmados de mano del Se-

cretario de la dicha Congregación de Cardenales y se-

llados con el sello del Prefecto de la misma Congrega-

ción, se les dé por todos y en cualquier parte la misma

fe y crédito, así en juicio como fuera de él, que se die-

ra á las presentes si se exhibiesen ó manifestasen.

Dado en Roma en Santa Sabina, debajo del Anillo del

Pescador, á 12 del Febrero de 1668. En el primer año de

nuestro Pontificado.—JUAN JORGE SHISTO.—BERNAR-

DINO CASALFO. Secretario de la Sagrada Congregación

de Ritos.—Lugar del sello del dicho Eminentísimo Se-

ñor Cardenal Prefecto.

A la gratia de la Beatificación añadió Clemente IX

otras muchas; como fueron dar licencia para que se

celebrasen fiestas solemnes no sólo en todo el reino del

Perú sino también en todas las iglesias catedrales de

España y de las Indias y conceder indulgencia plenaria

para el día en que se celebrara la fiesta de la Beatificación

en cualquiera de las iglesias sobredichas.

Tomó tan á su cargo el embajador en este negocio

las diligencias, que la reina de España le había en-
cargado, que no omitió cosa alguna que entendiése con-
ducía á este fin. Y Su Santidad, inclinado á sus ruegos,

concedió que el primer año en que se celebrase la Bea-

tificación en todos los conventos de la Orden de Predic-

dadores, así de religiosos como de religiosas, se cele-

brase con octava solemne, cuyo decreto se despachó

á 8 de Febrero de 1668, firmado por Marcial Obispo Por-

tuense, Cardenal Cineto, y refrendado por Bernárdeno
Casalio, Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos.

Se dispuso que se celebrase la fiesta solemne de la Beatificación en Roma el día 15 de Abril de 1668, en la iglesia de los apóstoles San Pedro y San Pablo, la que por las colgaduras, pinturas, decorado, abundancia de adornos y de luces, y asistencia de principes y de pueblo, fué una de las más lujosas, que ha presenciado la capital del mundo cristiano.

Estando dispuesto todo y llegada la hora, Monseñor Febeo, Comendador de Santispiritus, Prelado doméstico de Su Santidad, Consultor de la Sagrada Congregación de Ritos y Arzobispo de Tarso, a quien convidó el Cabildo de San Pedro para celebrar la misa solemne, vestido con Dalmática, y asistido de dos señores Canónigos, vestidos de diácono y subdiácono, precediendo la cruz de aquella iglesia, y todo el clero de ella, salió de la sacristía en procesión e hizo adoración al Santísimo Sacramento, ante quien, en la capilla mayor estaban pendientes seis lámparas de plata de mucho valor. Se hallaban en ellas las armas de Su Santidad y de la ciudad de Lima, y en cada una entallada la efieje de la Beata Rosa, debajo de la cual había una inscripción latina, que traducida en español decía: «La Beata Rosa de Santa María, nacida en Lima a veinte de Abril de mil quinientos ochenta y seis, murió en la misma ciudad año de mil seiscientos y diez y siete. Beatificada por Clemente IX año de mil seiscientos y sesenta y ocho».

Habiendo hecho adoración al Santísimo Sacramento, fué el celebrante al altar de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y habiendo adorado las santas reliquias, pasó al presbiterio, se inclinó profundamente delante del altar donde se celebraba la Beatificación, que estaba todo cubierto de riquísimos brocados de plata; y en el frontal, con primorosas flores, lazos y recamados, y en medio de ellos, en una tarjeta, la imagen de Santa Rosa, de mucho príncipe y coste. De allí pasó al lado de la epístola, donde se sentó en un rico dosel, dispuesto para eso.

Al lado del Evangelio, en asientos cubiertos de preciosos tapices, se sentaron los señores Cardenales de la Sagrada Congregación de Ritos; y cerca de ellos, en lugares más bajos, los consultores de la misma Congregación; más abajo los Reverendísimos Generales de las Religiones, convidados por el Rmo. P. Maestro Fr. Juan Bautista de Marinis, General de Predicadores, que también asistió con ellos.

Habiendo tomado sus asientos, Monseñor Casalio, Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, precediéndole uno de los Maestros de ceremonias del cabildo, se puso ante el señor Cardenal Ginetti, Prefecto de la misma Congregación. Y al mismo tiempo precedidos de otro Maestro de ceremonias, se presentaron ante su Eminencia el Rmo. P. Maestro Fr. Pedro María de Sestola, Procurador de la Orden y el M. R. P. Mtro. Fr. Antonio González, como Procurador especial de esta causa; y exhibiendo el Breve de la Beatificación, con toda reverencia lo pusieron en mano del mismo señor Cardenal Prefecto, suplicándole se sirviese de ordenar que se le diese cumplimiento. El Breve y súplicas traducidos son como sigue:

«Vistos en esta Sagrada Congregación de Ritos los méritos de la Bendita Srta. de Dios Rosa de Santa María, de la Orden de Santo Domingo, nacida y fallecida en la ciudad de Lima, en el Reino del Perú, de las Indias Occidentales; y habiendo constado de su santidad de vida y virtudes teologales y cardinales, y de muchos milagros que la omnipotencia de Dios, después de su muerte, ha obrado por su intercesión; la misma Sagrada Congregación determinó que con seguridad se pueda proceder hasta su solemne canonización, cuando al Santísimo Padre lo pareciere; y en el interín conceder que se llame Bienaventurada. Y a instancia del rey católico Don Carlos II y de la reina Doña Mariana de Austria, el Santísimo Padre por su benignidad...»
y por su breve dado los 12 de Febrero de este año de 1668, concedió que se pueda nombrar y nombre Bienaventurada, y como a tal se le dé culto y veneración.

»Por lo cual yo, como Procurador de dicha Orden, humildemente suplico a V. Eminencia, como su Prefecto, mande que todo ello se ponga en debida ejecución, para mayor honra de Dios y de su serva.»

Recibió su Eminencia el Breve, y por mano del Secretario Casalio le remitió a la de Monseñor el Cardenal Barberini, para que como Arcipreste de aquella iglesia se supusiese en ella en ejecución. Y obtenido el consentimiento de su Eminencia, sin detención se efectuó en esta forma.

En un púlpito, dispuesto para este objeto, se puso uno de los abades de San Pedro, y en voz alta leyó el Breve, estando presente a este acto el notario de la Sagrada Congregación de Ritos. Después de esto, Monseñor Febo, celebrante, dejó el dosel y acompañado del diácono y subdiácono, vino al altar e inclinado y dejada la mitra, entonó el himno, Te Deum laudamus, que prosiguieron los cantores. Al entonar el himno se corrieron los velos de los cinco imágenes de la Beatificada, que estaban puestos de pintura en el altar, en diversos sitios, cada una con una representación de una particularidad de su vida; los cuales al mismo tiempo adoraron de rodillas el celebrante y ministros, los señores Cardenales, Prelado, clero y todo el pueblo, que era innumerables. Al mismo tiempo se corrió el velo a la imagen de la Beatificada, que estaba puesta sobre la puerta mayor y principal del frontispicio. En señal de universal gozo se oyeron en la plaza y contorno de la iglesia de San Pedro gran número de clarines, trompetas y cajás, haciendo daños multitúd de bombardas, morteretas y más de trescientas piezas de artillería del castillo de Sant-Angel y otros puestos de Roma. Correspondieron a ellas, con buen orden, otros tantos cañones y medias piezas, trabucos e infinita mosquetería y arcabucería, que estaba en puestos señalados de la ciudad; como en la plaza de Santiago de los Españoles, la Minerva, convento principal y corte de la Orden, San Sixto, Santa Sabina, y en los conventos religiosas de Santa Catalina, de la Magdalena y de la Humildad.

Acabado el Te Deum y dicho el versículo ora pro nobis Beata Rosa, dijo el celebrante la oración de la Beatificada, subió a la tarima del altar y turfió la imagen; y volviéndose con los ministros al dosel, se vistió riquísimos ornamentos de Pontifical para celebrar la misa; donde, desde que consagró, hasta consumir, asistió al Santísimo Sacramento la familia del señor Embajador de España, con hachas encendidas y vestidos de costosas galas.

Entre tanto el Padre Procurador de la causa repartió a los señores Cardenales allí presentes la copia del Breve, el epitome de la vida de la Beata Rosa y sus imágenes impresas en raso con rica guarnería de oro y plata; y otras tejidas en seda y guarnería de plata, a oro, se fueron también repartiendo a los señores consultores de la Sagrada Congregación, y a todos por su orden, según dijimos, habían tomado los asientos. Acabada esta distribución, se dio principio a la Misa solemnís, que lué del común de una virgen no mártir, y acrecentó la alegría espiritual la beincredible del Santísimo Padre, con una indulgencia que concedió a todos los que aquel día visitasen la iglesia, habiendo confessado y comulgado les asistiesen a la Misa de la beatificación.

Es inmediato el gran concurso del pueblo que se halló en San Pedro, así por la mañana a gozar de la solemnidad, como a la tarde a oír las vísperas y reverenciando las imágenes de la beatificada, que todo el día estuvieron expuestas a la veneración y adoración. Quiso Su Santidad, además de haber concedido este favor, dar ejemplo a sus ovejas, y lué por la tarde en persona a visitar la iglesia de San Pedro, acompañando a Su Santidad tan gran número de cardenales, principes, prelados